



**HAY QUE MATAR
A LEWIS WINTER**
Malcolm Mackay

Siruela/ Policiaca

Edición en formato digital: febrero de 2016

Título original: *The Necessary Death of Lewis Winter*

En cubierta: fotografía de ©iStock.com / Derno

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Malcolm Mackay, 2013

© De la traducción, María Corniero

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-16638-56-7

Conversión a formato digital: María Beloso

A Sam y Alex

Personajes

Calum MacLean: Sicario de veintinueve años. Vive en Glasgow. Trabaja por su cuenta; se vive mejor solo. ¿Hasta cuándo podrá mantener su autonomía alguien con tanto talento?

Peter Jamieson: Ha trabajado con ahínco e ingenio para levantar su pequeño emporio, que continúa expandiéndose a toda velocidad; para que las cosas sigan por ese camino, necesita contar con los mejores para que le hagan el trabajo sucio.

John Young: Mano derecha de Jamieson. Listo como el hambre. Leal, concienzudo; veinte años al lado del jefe dan sus frutos.

Lewis Winter: Veinticinco años de actividad criminal y aún no ha despegado. Un acuerdo ventajoso podría cambiar la situación. Podría cambiarlo todo.

Frank MacLeod: Asesino a sueldo de Peter Jamieson. A decir verdad, el mejor. Pero contra la edad no hay nada que hacer. Cuando pasas de los sesenta siempre tienes que arreglarte algo, por ejemplo una cadera.

Michael Fisher, inspector de la Policía Judicial: Combatir el crimen organizado exige dedicación. Se trata de perseguir a los malos, sean quienes sean, qué puñeta.

Hugh Francis, «Shug»: Ser ambicioso significa que siempre quieres más, aunque ya tengas suficiente. Un

negocio clandestino de coches es suficiente, el narcotráfico es mucho más.

Zara Cope: La vida que lleva, junto a un hombre mayor que ella que pretende que siente la cabeza, no es la que habría elegido. Pero Winter es un buen hombre que está luchando para prosperar; y así tiene más contenta a Zara.

Nate Colgan: Hay que hacer lo que él dice y cuando él lo dice. Hasta sus jefes lo saben. Solo su hija, y quizá la madre de su hija, Zara, lo ven de otra manera.

George Daly: Matón poco convencional. Lo suyo es ser un buen amigo y no llamar la atención. Reza para que no le asciendan. La responsabilidad es mortal.

Martin Jones, «Marty»: Prestamista, proxeneta, un grano en el culo, forrado. La gente lo soporta por esta última cualidad.

Kenny McBride: Ser el chófer de Peter Jamieson no es complicado. Basta con que sepas cuál es tu lugar y no metas la pata.

William MacLean: A los treinta y uno, ya dirige su propio taller. No le va nada mal. Su único quebradero de cabeza es su hermano pequeño, Calum.

Joseph Higgins, agente de policía: Un joven que no parecía destinado al cuerpo policial dados sus escabrosos antecedentes familiares. Pero trabaja con tenacidad, y también con discreción.

Stewart Macintosh: Cuando tienes poco más de veinte años, eres libre y soltero, lo normal es que salgas por ahí a divertirte.

David Waters, «Fizzy»: Se ha dedicado a los coches desde los tiempos del colegio, siempre con Shug. Lo apoya incondicionalmente, pase lo que pase.

Glen Davidson: Sicario que trabaja por su cuenta y anda buscando algo más rentable. No es muy sutil, pero le

sobra aplomo.

Paul Greig, agente de policía: Mucha gente no confía en él. Probablemente por eso sigue siendo un simple agente a los treinta y ocho años. Pero conoce la calle como pocos.

Tom Shields: Otro chaval con pocas preocupaciones aparte de divertirse, igual que su compañero de piso, Stewart.

Neil Fraser: El típico matón. Corpulento y malhumorado, con unos puños tan duros como su mollera. Un empleado útil para Jamieson.

Marcus Matheson, agente de policía: Un joven policía, inteligente y resuelto. Casi todo dependerá de quiénes sean sus maestros.

Adam Jones: Encargado de la discoteca Paraíso, que no hace mucho honor a su nombre. Igual que su hermano Marty, Adam está forrado.

Norman Barnes: Un abogado que acepta todos los casos que le encargan y que, por lo general, nunca son agradables.

Ian Davies, agente de la Policía Judicial: No tardará en jubilarse si consigue pasar desapercibido. Lo bueno de trabajar a las órdenes de Fisher es que Fisher no delega casi ninguna tarea porque no se fía de nadie.

HAY QUE MATAR A LEWIS WINTER

1

Todo empieza con una llamada. Desenfadada, cordial, amistosa, no se habla de trabajo. Quedáis en veros, en un lugar neutral, a ser posible público. Llame quien llame y sea cual sea el lugar de la cita, debes tomar precauciones. Anticiparte a cualquier eventualidad, no dar nada por sentado. Quizá sientas la tentación de empezar a confiar; es tentador, sí, pero erróneo. Una persona puede ser tu amiga y confidente durante veinte años y, después, volverte la espalda en un abrir y cerrar de ojos. Se dan casos así. Cualquier persona sensata tiene presente esa amarga realidad; y los insensatos acaban por descubrirla.

Sábado por la tarde, de fondo el fútbol en la radio, sentado en un sofá con un libro. *El velo pintado*, de Somerset Maugham, por si quieres saberlo, y lo tiene fascinado. Ha dejado de prestar atención a la radio; ya no sabe cómo va el partido. Con el paso de los años, cada vez le da menos importancia a esas cosas. Suena el teléfono —la línea fija, no el móvil— y reclama por completo su atención. Un marcador colocado sobre la línea a la que ha llegado (jamás doblar una página para señalar por dónde vas) y se levanta.

—Hola.

—Calum, ¿cómo te va, colega? Soy John Young.

—John. A mí bien. ¿Y a ti?

—Sin novedad. Hace un siglo que no te vemos por el club. Se me ha ocurrido darte un toque para ver cómo andabas. ¿Has estado ocupado?

—Bastante. A veces más y a veces menos. Ya sabes cómo es esto.

—Lo sé. ¿Te has enterado de lo de Frank MacLeod, que lo tienen que operar de la cadera? Ya ves, fuera de juego durante unos meses, por lo menos. Menuda putada para un tío tan activo.

—Lo sabía. Lo siento por él.

—Y que lo digas. No puedo imaginármelo con los pies en alto. Estaría bien volver a verte, Cal, después de tanto tiempo. ¿Por qué no te pasas por el club mañana, después de comer? Echamos unas partidas de billar y nos tomamos unas copas. Nos divertiremos un rato.

—Es un buen plan. Me dejaré caer por ahí sobre las dos.

—Así me gusta, nos vemos mañana.

Las claves están todas ahí para quien se moleste en buscarlas. Quizá no quieras tomarte esa molestia; casi nadie lo hace. Una conversación desenfadada: dos personas que se tutean pero sin demasiada confianza. Amigos que se ven una vez a la semana en lugar de todos los días. Amigos despreocupados. ¿Por qué iban a preocuparse si llamadas como esta se hacen cada dos por tres? Es una oferta de trabajo. Una oferta de trabajo muy clara sobre algo a largo plazo y lucrativo. ¿Le interesa a él algo a largo plazo y lucrativo?

Tiene un piso pequeño, un coche pequeño, ahorros pequeños, pero no le falta de nada. Calum trabaja para cubrir sus necesidades, no para darse lujos. El largo plazo entraña riesgos y los riesgos hay que evitarlos. En este oficio hay personas a quienes les gusta jugársela, pero al final siempre pierden y su derrota es definitiva. Así

pues, no hay que jugársela. No te hace falta. La gente se la juega por dos razones: una aceptable y la otra no. La inaceptable es la codicia, la perspectiva de tener más dinero, aunque en realidad no les haga falta. La otra razón es vivir emociones fuertes, y eso ya es diferente.

No ha estado en el club desde que supo lo de la operación de Frank. Un viejo va al hospital para operarse de la cadera. Lo más normal del mundo, pensaría cualquiera. Pero quienes conocen a Frank —y saben lo que hace— no piensan así. Es viejo, pero aún es formidable, importante. Como un boxeador que pierde velocidad y gana en táctica, sigue siendo tan peligroso como siempre. Pertenece a la generación anterior, a la edad dorada en la que aún no existían la tecnología moderna, los métodos policiales modernos y la sensibilidad moderna. Muchos se quedaron por el camino. Las cosas han ido evolucionando, pero Frank siempre ha ido un paso por delante. El trabajo que hacía en el pasado todavía es necesario, lo único que ha cambiado es el método. Ahora ha desaparecido, al menos durante unos meses, y habrá que reemplazarlo. El sustituto será un hombre más joven. Es una suplencia breve, de momento.

Calum ya no logra concentrarse en nada. Otro trabajo es otro trabajo y se acabó. Eso no le inquieta. Verse envuelto en los asfixiantes brazos de la organización de Jamieson sí le inquieta. Para quienes son como Frank MacLeod eso sería reconfortante, una garantía de trabajo y seguridad. Para Calum MacLean es una amenaza de trabajo fijo obligatorio, una pérdida de libertad. ¿Hay algo que pueda compensar esa pérdida?

2

El club está en el centro de la ciudad, una entrada pequeña que da paso al interior de un gran edificio. Esta tarde de domingo no hay nadie en la puerta. Normalmente se ve a un puñado de gente en el bar y en las ocho mesas de billar de arriba. Pero hoy no. Hoy hay un cartel en la puerta: «Cerrado por limpieza». Un cartel desgastado del que se echa mano cada vez que se requiere intimidad. Es sospechoso, no engaña a nadie, pero la gente no hace preguntas. Sin prestarle atención, Calum abre la puerta y entra.

Dentro siempre se tiene una sensación de penumbra, incluso cuando está encendida hasta la última luz. A su derecha, Calum ve la amplia y arañada pista de baile, con la cabina del DJ al fondo. Una barra recorre de lado a lado la pared lateral: luces chillonas, botellas de todas las clases, ninguna que le guste. No bebe alcohol, aunque en su fuero interno nunca ha comprendido por qué. Autocontrol, lo más seguro. No es una cuestión moral. También detesta las discotecas, detesta ese estilo de vida, el pestoso mercado de ganado, el alboroto absurdo. Solía venirle a la cabeza que probablemente las odiaba porque allí se iba a atraer a las mujeres, y las mujeres, por muy poca luz que haya, no lo consideran atractivo.

Una ancha escalera alfombrada ante él, escalones bajos que te inducen fácilmente a error. Muchas personas han tropezado al subirlos por levantar demasiado los pies. Calum siempre tiene mucho cuidado, no por miedo a hacerse daño, sino a parecer idiota. Al final de la escalera hay una doble puerta de madera acristalada. La empuja y entra en la sala de billar. Ocho mesas verdes en dos filas de a cuatro, con amplio espacio entre ellas. Tan-teadores en las paredes, una maquina junto a cada uno. Echas una libra y tu mesa se ilumina durante treinta minutos. Con las mesas se saca poco dinero, no basta para justificar el espacio que ocupan, pero el billar forma parte de la desconcertante miscelánea de extrañas pasiones de Peter Jamieson. Hay una barra pegada a una pared, pequeña, anticuada. Aquí, nada de vodka aromatizado, solo cerveza y whisky. Hoy está cerrada. Por limpieza, al parecer.

De pie junto a una mesa del centro de la sala, John Young da tiza a su taco. Las bolas están desperdigadas sobre el tapete, ninguna embocada todavía. Puede que Young acabe de empezar o que se le haya dado mal. Calum no lo sabe, nunca le ha visto jugar. Sí sabe que Jamieson es un gran jugador. Todo el mundo sabe que Jamieson es un gran jugador. Todo el mundo sabe que Jamieson ha recibido clases de profesionales. Young debe de haber aprendido algo de su jefe.

—Calum, ¿cómo te va?

—Muy bien. —Se acerca a la taquera y escoge un taco. Viste de vaqueros y camiseta; solo juega bien en camiseta. Las mangas son un estorbo.

Young empuja las bolas rojas hacia el centro de la mesa y las encaja en el triángulo. Pone meticulosamente cada bola en su sitio. Todo muy preciso, colocado por un

hombre que juega a menudo, y con un contrincante de cuidado.

—Qué buen día hace —dice por fin.

—Sí, muy bueno. Sacas tú.

Young se inclina, prepara la tacada y golpea la bola. Solo una roja se le descontrola, la blanca vuelve hacia la posición inicial. Un saque seguro, para hacer difícil el siguiente tiro; para no dejarte ganar.

La cosa va en serio hasta que queda claro que Young va a ganar, y con facilidad. Calum pone todo su empeño, Young, su destreza, y bastan diez minutos para que haya una enorme distancia entre ambos. Ha llegado el momento de hablar.

—¿Has estado trabajando para alguien últimamente?
—pregunta Young. Es la primera alusión directa al asunto que se trae entre manos, la primera vez que reconoce abiertamente que en realidad se han reunido para eso.

La pregunta es equívoca. Calum trabaja, no tiene más remedio. Lo que quiere saber Young es si ha trabajado en repetidas ocasiones para la misma persona o se ha dejado llevar de aquí para allá. Probablemente ya conoce la respuesta; quiere ver si Calum es capaz de sorprenderle. No lo es.

—No. Cosas sueltas. Por mi cuenta. Como siempre.

Nada más durante un par de minutos. Nuevos tiros cuidadosamente elegidos, incluso cuando la partida está ganada, incluso cuando las matemáticas lo demuestran. Una vez terminada y colocadas las bolas de nuevo (juegan al mejor de tres), Young vuelve a hablar.

—Ahora mismo no tenemos a nadie. Es una lástima perder a Frank durante unos meses.

—¿No lo vio venir?

Young se ríe. Una risa breve, sin alegría.

—Frank es de los que no saben admitir que les pasa algo. Hasta que ya es demasiado tarde. Tendría que habernos avisado. Lo sabía desde hacía siglos y no dijo nada. —Se encoge de hombros, un gesto de qué-le-va-mos-a-hacer.

Le toca sacar a Calum. Un desastre, las rojas desparpadas, la blanca en el centro de la mesa. Le han podido los nervios. Young se siente lo bastante seguro como para ponerse a hablar enseguida.

—¿Cuántos años tienes, Calum?

—Veintinueve.

—Qué mayor. —Young se ríe, burlándose de sí mismo; a sus cuarenta y tres, está regordete pero se conserva juvenil. Los ojos le centellean cuando ríe, tal como él pretende; se le arruga la frente y su oscuro pelo revuelto le cae sobre la frente. Se le ve animado, pero nunca hay que olvidarse de quién es—. ¿Estás pensando en establecerte?

Es una pregunta profesional, no personal.

—No tengo nada pensado. Ya me llegará el momento. No siento esa necesidad. Me gusta la libertad, pero habrá que ver cómo vienen las cosas.

Young asiente. Es una exigencia. Está diciendo que si se establece con Jamieson, no quiere trabajar en exceso. Una exigencia que Young puede aceptar, que encaja con sus planes.

La charla queda en suspenso. La partida está poniéndose más seria. Young, con un exceso de confianza, se la ha tomado demasiado a la ligera. Ha fallado tres tiros que tendrían que haberle salido bien y Calum ha tomado la delantera. Calum falla un golpe de los que suelen salirle mal. Young se concentra. Empieza a embocar todas las bolas, dando a la partida un giro radical que requiere destreza. Necesita alargarse mucho para tener el

triunfo asegurado, y lo consigue a la primera. Un apretón de manos. Young le agradece que haya venido.